

Al servicio de las Milicias



Secretariado de Milicias de Santander

A manera de prólogo.

Cuando el Gobernador civil de la provincia nos encargó de dirigir «El Diario Montañés», constituimos un grupo de colaboradores que pudieran en todo momento inspirar la publicación, con la vista puesta en el mejor servicio de los intereses del Gobierno de la República.

La captura del «bou» faccioso, Tiburón, por el bravo aviador Navamuel, proporcionó el motivo de adoptar pseudónimos que hicieran del periódico la obra de conjunto proyectada en los primeros días, huyendo siempre de cuanto pudiera suponer el menor deseo de destacar a ninguno de los que consideramos como «Consejo de Dirección» del periódico. Así surgió «El Almirante Tiburón», «El Vicealmirante» y «El Grumete».

Al establecer secciones se pensó en una que pudiera servir de orientación a los milicianos. Señalar peligros, indicando al mismo tiempo los remedios convenientes, fué la intención que guió a los que en «El Diario Montañés» vinimos a trabajar por orden del Gobernador civil y Frente Popular. La sección del miliciano fué encomendada a un técnico, digámoslo así, de nuestro «Consejo». Explorador destacado, soldado antes, de cultura nada común, hijo de un militar de lealtad bien probada, maestro nacional de méritos extraordinarios, nuestro joven amigo, el más joven de cuantos aquí laboramos, adoptó el

pseudónimo de EL GRUMETE DEL TIBURON. Nuestro Grumete no es otro que Domingo Rodríguez Martín (en esta casa Somoza, hijo).

El Secretariado de Milicias nos felicitó por esos trabajos que estimaba de gran valor y nos invitó a publicar con ellos un pequeño folleto. Es el folleto que a los milicianos va destinado. Lleva este folleto, como llevaron los artículos de «El Diario Montañés» en que aparecieron primero, el fervoroso deseo de orientar, aunque sea ligeramente, a los abnegados luchadores que de manera tan gallarda acudieron presurosos a ofrendar sus vidas por la defensa de la Justicia y de la Libertad.

Si las líneas que siguen, logran los deseos del autor, que se negaba a revelar su nombre, éste se dará por satisfecho. Como satisfechísimos estaremos cuantos a las tareas periodísticas venimos dedicando nuestros afanes en cumplimiento de las órdenes recibidas.

Lee, pues, miliciano estos trabajos y medita sobre la conveniencia de seguir sus instrucciones. Que para el triunfo total y definitivo de la causa del Pueblo han de tenerse en cuenta las necesidades que la guerra impone y las experiencias que las guerras suministraron. El arte de la guerra tiene, también, su técnica y sería insensato empeñarse en hacer la guerra, desentendiéndose de aquella a que ha de conducirnos a la victoria.

JESUS REVAQUE.

El manejo del fusil.

Miliciano: tu arma de combate es el fusil. Por esto es necesario que lo sepas manejar y conozcas la efectividad de este arma.

Manejar un fusil no consiste en saber cargarle y dispararle, sino en saber apuntar con él. Para el que no sabe hacer esto el fusil sólo representará un peso de cuatro kilos, que en el mejor de los casos sólo le servirá para meter ruido.

Ser un buen tirador no depende del temperamento, como hay quien cree, sino del entrenamiento, y esto se limita a una cosa muy sencilla: a hacer punterías. No es necesario gastar un solo cartucho, basta con que busquéis un blanco y apuntéis sobre él. En estas punterías que hagáis no apoyéis el fusil en otra parte que no sea vuestro cuerpo. En el combate, sí, apoyadle en un sitio fijo.

Fijaos bien en que el disparador suele tener dos tiempos, cuando lleguéis al segundo, tirad lentamente; que el tiro salga sin que os déis cuenta y sin que vosotros cerréis los ojos. Si tiráis violentamente deshacéis la puntería que habéis hecho. En este entrenamiento no montéis muchas veces el arma, pues al disparar sin cartucho el punzón se puede romper. Basta con que apuntéis y tiréis del disparador sin montar el arma.

Soldados que nunca habían tirado un tiro, en cuatro meses de entrenamiento llegaron a meter 26 tiros en la silueta de un hombre, a doscientos metros, y en un minuto. Estos hombres eran verdaderamente máquinas guerreras, que se hubieran reído de cualquier ataque.

Probad vosotros. ¡Cuántos os quedaréis extrañados!

A cincuenta metros sobre el tronco de un árbol, de diez tiros, muchos no haréis ni cinco impactos.

La mejor posición para tirar es la de tendido. La cabeza debe estar lo más adelantada posible. Si ponéis el fusil sobre el hombro derecho debéis guiar el ojo izquierdo, y si, como ocurre a veces, no sabéis guiar el ojo izquierdo o veis poco con el derecho, debéis poner el fusil en el hombro izquierdo y guiar el ojo contrario. La mejilla debe de ir aplastada sobre el arma para que ésta no os golpee. El tirador debe formar un todo con el fusil.

Pero el fusil, con ser el arma más perfecta que existe, tiene sus defectos; casi todos tienen un error, unos desvían sus tiros hacia la derecha, otros hacia la izquierda, unos los quedan bajos, otros altos. Cuidad, sobre todo, de que el punto de mira no tropiece con nada, pues puede correrse hacia un lado. En fin, todas las armas hay que corregirlas y cuidarlas.

Cuando un fusil es nuevo, un tirador entrenado puede meter a cincuenta metros diez tiros en la palma de la mano; un mal tirador, ni en un cuadrado de dos metros de lado. El tirador entrenado aguanta la respiración mientras apunta, para ello, llena primero de aire sus pulmones; cuando no consigue "parar" el fusil, descansa.

Haciendo punterías podéis llegar a ser buenos tiradores y un buen tirador, en el combate, no tiene precio; vale por diez enemigos o por cien.

Pensad que el valor está en razón directa de la confianza que tenemos en nuestro recurso y el fusil es el principal recurso del combatiente.

¡Milicianos, haced punterías!

EL GRUMETE DEL TIBURON.

«El Diario Montañés». - 16 septiembre 1936.

El miliciano en las marchas.

Miliciano: en alguna ocasión tendrás que hacer una marcha. Muchos ya la habreis hecho como deportistas y conoceréis la manera de hacerla; pero otros, quizá muchos, estais expuestos a un fracaso por ignorancia.

El gran error de los que nunca han hecho una marcha es la de creer que como mejor se camina es calzando alpargatas. Marchando en alpargatas, y sobre todo si éstas tienen suela de goma, bien pronto quedareis inutilizados.

El pie necesita estar sujeto, comprimido, por unas botas. Si éstas llegasen hasta media pierna, mucho mejor. El pie debe quedar inmóvil dentro de la bota, como decimos, y no sólo el pie, sino la articulación del tobillo. Esta es la única manera de evitar dislocaciones y luxaciones corrientes al marchar con alpargatas o con zapatos. Nuestro pie, el pie inútil y blanducho de hombre civilizado, en cuanto se le somete a un trabajo excesivo sin una bota que lo defienda, se aplasta, se deforma y se resiente en sus articulaciones.

Si la bota es un poco grande, lo cual conviene, poned calzetines gruesos o varios pares si son delgados, espolvoreando éstos y el mismo pie con polvos de talco. Así evitareis las rozaduras.

Bebed todo el agua que querais, pero luego no os detengais, y, para mayor seguridad, bebedla a pequeños sorbos, como cuando tomamos el café caliente. Haced muchas comidas ligeras. Más vale ésto que hacer las corrientes; con el estómago muy lleno no se marcha bien. Sólo cuando os vayais a entregar al reposo comed lo que querais.

Mojad el paño de vuestra cantimplora para que el agua se mantenga fresca; si quereis una bebida refrescante, mezclarla con un poco de café. Si podeis, llevad en vuestro morral azúcar y chocolate.

El éxito de una marcha consiste en su regularidad. Llevad siempre el mismo paso; cada hora podeis deteneros unos minutos para acomodar el equipaje que lleveis sobre vosotros; pero no olvideis nunca esta recomendación, siempre el mismo tren. Para que nadie se «desinfe», poned siempre delante al de menos andar.

No os vistais con ropas de color chillón para no ser vistos a distancia. No olvideis que el enemigo vigila. Si la aviación os busca, probablemente siendo pocos pareis desapercibidos; si sois muchos, desplegaros en toda dirección, y aprovechad los accidentes del terreno para mayor seguridad, colocad el equipaje sobre las partes de vuestro cuerpo más esenciales que queden al descubierto, porque la metralla no le atravesará.

Si teneis dos camisas, llevad una puesta y la otra sobre las espaldas. Cuando la puesta esté empapada de sudor, poneos la que llevais secándose a la espalda. Esta medida evita enfermedades y hace mucho más cómoda vuestra marcha, disminuyendo la sensación de fatiga en vuestro cuerpo.

Nunca descanséis con ropa mojada; es preferible quedar desnudos y aun pasar frío.

Tened siempre en cuenta que en las marchas se inutilizan muchos hombres. Seguid estas instrucciones y las enseñanzas que se deduzcan de vuestras propias observaciones.

EL GRUMETE DEL TIBURON.

«*El Diario Montañés*». ~ 17 septiembre 1936.

La disciplina en el miliciano.

Miliciano: En el frente no eres más que un soldado. Al soldado le caracteriza el valor y la disciplina; pero si nos dieran a escoger entre ambas cualidades, preferiríamos la disciplina. En la guerra moderna son preferibles los cobardes disciplinados a los valientes indisciplinados.

No creais en los valientes de ciudad. El valor en la guerra es muy distinto al valor en la ciudad. El valor en la guerra nace de la unión de todos y de la confianza en los mandos, y esto no es más que disciplina.

Si acudisteis a la representación de «Nuestra Natacha», de Alejandro Casona, os acordareis de aquel relato, según el cual un capitán resistía con sus hombres el ataque del enemigo lleno de miedo..., pero resistía y resistía por disciplina, porque había recibido aquellas órdenes del alto mando y su deber de soldado le obligaba a permanecer allí. Este es el verdadero valor en la guerra moderna.

La imaginación viva de algunos individuos, y más tratándose de nuestra España, con tan rica tradición de valientes guerrilleros, pretende hacer de la guerra actual una guerra de guerrillas, de grupos aislados, que obran por su cuenta, llenando de terror al enemigo con rápidos y audaces golpes de mano. Nada más equivocado. Pensad en lo que sería de una partida de hombres que se introdujera en el campo enemigo con el propósito del guerrillero. Al cuarto de hora serían divisados por algún centinela motorizado del campo enemigo, a los veinte minutos el cuartel general estaría enterado por el teléfono, y a la media hora serían batidos por la aviación o

por contingentes enemigos transportados rápidamente a través de las carreteras por vehículos de motor. Los medios de enlaces y transportes, en la actualidad están tan perfeccionados, que la actuación de pequeños grupos sin obedecer a un mando único y a un plan fijo es completamente imposible.

La guerra en estos momentos es una guerra de posiciones. Y todo vuestro valor de guerrilleros, innato en el español, ha de quedar relegado a un segundo lugar para dar paso a la disciplina del soldado del ejército moderno,

Quien haya jugado a las damas, o mejor al ajedrez, podrá darse perfecta cuenta de lo que es una guerra de posiciones: el jugador es el alto mando, unas fichas se apoyan en otras, todas forman un bloque, ofensivo y defensivo, medido y organizado; pues bien, suponeos que una ficha se volviera loca y no obedeciera al jugador, en cuanto se moviera llena de pánico hacia atrás o avanzara imprudentemente hacia adelante, pondría en peligro a todas las demás, algunas hasta quedarían copadas, otras quedarían inmóviles, y aunque esta ficha loca en un primer momento hubiera conseguido un triunfo parcial, este triunfo costaría luego la pérdida de la partida. Esta ficha loca es el soldado indisciplinado.

En esta guerra de posiciones nada tiene que hacer el soldado sino obedecer las órdenes de sus jefes. Un avance inoportuno, un abandono de la posición sin justificación, puede poner en peligro las posiciones situadas alrededor. Si el mando ordena resistir, hay que resistir; si retroceder, hay que retroceder; si avanzar, hay que avanzar, y hay que hacerlo sin reparos ni resistencia, sin preguntar por qué.

En la guerra no hay grupos políticos, no hay más que soldados, mandos militares y objetivos. Quien no valga para ponerse a las órdenes de un mando militar pretendiendo obrar por su cuenta, que se retire, porque no es un miliciano, representa un enemigo entre nosotros mismos, un enemigo, porque en alguna ocasión por su actitud desobediente tendremos que acudir a proteger su vida, y esto nos puede costar más vidas.

Estas vidas perdidas son bajas. La guerra es, ante todo y sobre todo, bajas, hombres inutilizados, pero estas bajas, al igual que en el juego de ajedrez, cuando perdemos peones por conseguir mejores posiciones, nunca deben ser inútiles, deben representar siempre una ventaja adquirida.

Los jóvenes que aún no han acudido al frente tienen un concepto algo infantil de la guerra. Por esto han de saber que en la guerra actual la decisión particular de un individuo pesa muy poco en la marcha de las operaciones y que el éxito de éstas depende en su mayor parte de la exactitud con que los mandos ordenan los movimientos y del exacto cumplimiento de las órdenes dadas, y, sobre todo, que nunca olviden que donde hay tres individuos en peligro uno manda, y manda sin discusión porque la muerte no espera.

Si, en la noche, el mando ordena no tirar o no fumar y un miliciano ignorante del valor de la disciplina hiciera un disparo por capricho contra una luz, por ejemplo, que observase en el campo enemigo o fumase, daría estúpidamente al enemigo la localización de su propio destacamento, poniendo en peligro la vida de los que le rodean. Ni la misma muerte sería bastante castigo a su indisciplina.

La guerra son bajas, es hambre, es miseria, es la enfermedad, la bestialidad, sólo la IDEA nos mueve a sostenerla. Si queremos triunfar en ella, sólo será usando del arma esencial del soldado moderno y de todos los tiempos, pero más de los actuales, de la disciplina.

Milicianos: reiros de todos los valientes y de todos los cobardes; vosotros bien sabéis que en la guerra no hay nada de esto: en la guerra no hay más que disciplina.

Obedeced a vuestros jefes, que en la guerra son los mandos militares. Si no bastaran estas palabras, la experiencia os lo irá diciendo.

EL GRUMETE DEL TIBURON.

«El Diario Montañés». - 18 septiembre 1936.

El campamento del miliciano.

Miliciano: en el frente tu único alojamiento es el campamento. ¡Cuántas cosas no habréis aprendido en pocos días los que habéis podido vivir en él! Vivir en un campamento es vivir una nueva vida; el cambio es tan radical que en los primeros días sentiréis un malestar, una desorientación parecida a la que sentiría un niño de cinco años andando solo por las calles de la ciudad. No ocurre esto a los deportistas que alguna vez practicaron el «camping», el arte de acampar, este arte que de una manera regular sólo practican los boy-scouts (exploradores) de todo el mundo.

No olvidéis que muchas veces la moral del soldado depende de las comodidades de su vida de campaña y que estas comodidades casi solo dependen de vuestra iniciativa particular.

Nuestra provincia por la excesiva humedad no se presta al uso de tiendas de campaña, por esto, siempre que podáis debéis de instalaros en las típicas cabañas tan abundantes en «La Montaña», cuando esto no puede ser entonces hay que recurrir a la tienda de campaña y más tarde al refugio subterráneo con su campo atrincherado.

Así como en el interior de España el soldado debe preservarse del frío, en nuestra provincia vuestra preocupación debe ser la humedad, más insana que el mismo frío. Los campamentos se hacen a base de lona y lana y en nuestra provincia más a base de lona.

No coloquéis la tienda de campaña en lugares húmedos; buscad lugares orientados hacia el mediodía y bien aireados, por que el aire al correr se lleva la humedad y mejor si el suelo es arenoso o de roca.

La entrada de la tienda debe de estar mirando hacia el lugar por donde sale el sol pues por el lado contrario es por donde viene el viento y la lluvia. Corregid durante varios días los vientos que sujetan la tienda hasta que consigáis que los paños no presenten arrugas, pues cada arruga supone una gotera que estropeará el interior.

Todas las noches al acostaros repasad los piquetes y tensad bien los vientos pues si el viento se levanta de repente fácilmente podría llevarse la tienda.

Durante el día para airear el interior de la tienda levantad la falda y sacad las camas. Con tiempo bueno la tienda de campaña no debe servir más que para dormir; una distribución racional de dos tiendas sería destinar una para dormitorio y otra para «estar» y para comer en caso de lluvia.

La dureza del suelo no importa para dormir porque a los cinco días no os daréis cuenta de ella, pero sí la humedad, por eso debéis cubrir el suelo con lonas. Cuando llueva no toquéis el techo de la tienda porque produciréis una gotera. El agua que resbala por los paños de la tienda debe caer a un canalillo hecho en el suelo alrededor de la tienda y que sirve para el desagüe. Por la noche no encendáis luces dentro para que no acudan los insectos; es preferible acostarse pronto y levantarse al amanecer.

La tienda debe ser de un color oscuro o estar cubierta de ramaje y bajo unos árboles para ocultarla al enemigo.

A pesar de todo lo que digo tengo que confesaros que en todo ello hay algo de literatura deportiva porque la tienda de campaña, hermoso instrumento para el deporte es un malísimo instrumento guerrero. El campamento del soldado moderno no es la tienda de campaña, es el refugio subterráneo con sus defensas de trincheras, nidos de fusil ametrallador, de ametralladora, etcétera.

El soldado en el campamento, fuera de los servicios ordinarios de aguadas, descubiertas, vigilancia, etc., permanece inactivo, los que no hayan permanecido inactivos y como la hormiga previsora se hayan construido sus refugios subterráneos habrán sabido aprovechar el tiempo.

El hacha, la azada y la pala es una arma a veces más eficaz en nuestra guerra que el mismo fusil

En vuestros campamentos milicianos, podéis sentir la ilusión del constructor, dar rienda suelta a vuestra iniciativa, construís un pequeño mundo a vuestro alrededor.

Pero sobre un campo atrincherado yo poco podría decir, vuestros jefes tienen la palabra, y sobre sus ventajas tampoco porque rápidamente las habréis deducido.

EL GRUMETE DEL TIBURON

«*El Diario Montañés*» - 19 Septiembre 1936

El centinela.

El servicio de seguridad de un campamento corre a cargo de los puestos de vigilancia.

Miliciano: el servicio de vigilancia lleva consigo una grave responsabilidad. Mientras los demás duermen, el centinela vela para evitar el ataque que basa su éxito en la sorpresa, o para evitar que el enemigo silenciosamente rebase la posición y pueda, al amanecer, atacarla, no sólo por el frente, sino por retaguardia. Vela con los ojos y con el oído, más con éste que con los ojos, atiende a todos los ruidos y procura descifrarlos, examina todas las masas que tiene ante su vista y procura reconocerlas. Esta es la habilidad del buen carabinero.

La postura expectante del centinela es penosa, pero su sacrificio es necesario. Si se duerme o abandona el servicio, se puede perder un puesto; por el puesto, la posición; por la posición, la columna; al final, el pánico puede hacer presa en todo un frente. Estas pueden ser las consecuencias del fracaso de una vigilancia. Semejante falta en la guerra, el Código militar la castiga con la muerte.

Los puestos que han de ocupar las guardias los designa el mando militar de la posición, a quien corresponde la responsabilidad en las medidas que tome para su defensa, y el soldado o destacamento que ocupe el puesto, bajo ningún concepto debe abandonarle, ni siquiera se permitirá una actitud crítica sobre el acierto que pueda haber al destinar aquel lugar para ejercer desde él una vigilancia. Esta actitud crítica podría inducirle a obrar luego por su cuenta, neutralizando las medidas tomadas por el mando. Como dice Juanelo, un valiente capitán que actúa en el sitio de Oviedo, la guerra es hierro: hierro en el ataque, hierro en los alimentos, hierro en la disciplina.

El centinela no debe dejar nunca que su figura se re-

corte como una silueta sobre el cielo o sobre fondos claros. Sobre todo en la noche, ha de saber que la vida de las cosas se traduce en movimiento y que él puede pasar muy bien por tronco de árbol o matorral si se está quieto y, en cambio, el árbol que se mueve por el viento, pasar por hombre que se traslada. La quietud confía al enemigo que viene hacia nosotros; quien haya practicado la caza de espera de tarde o de alba, sabe muy bien eso.

El centinela no puede fumar de ninguna manera: una luz en la noche puede ser un blanco a cincuenta metros y, lo que es peor, la localización del que vigila, con lo cual se le puede burlar fácilmente.

Cuando se presente ante él un individuo sospechoso lo dará el alto, disparando sobre él, sin miramiento de ninguna clase, en caso de que pretenda huir; si no diera la contraseña, pero deseara presentarse al jefe de la posición, le ordenará volverse de espaldas y, sin abandonar el puesto, procurará transmitir la novedad al jefe.

Fuera de la contraseña dada, el centinela no tiene por que hacer caso de ninguna señal amistosa, pues esto puede ser un ardid engañoso. No debe olvidar nunca que los espías siempre se esconden bajo la capa de individuos de trato agradable, que se presentan usando de las mismas maneras corrientes entre nosotros.

Cualquier novedad que tenga que comunicar deberá hacerlo por el jefe de la guardia al jefe de la posición, sin abandonar para nada el puesto.

El centinela en todo momento debe tener presente la importancia de su misión y que cualquier falta que a él pudiera parecerle pequeña, como hacer una vigilancia descuidada, fumar, abandonar el puesto, aunque sólo sea por algunos momentos, puede tener consecuencias gravísimas.

Sobre todo, ha de tener en cuenta que en la noche no debe tener más que ojos y oídos y que su lema ha de ser «quietud», pues sólo con la quietud se puede vigilar sin ser vigilado.

EL GRUMETE DEL TIBURON

«El Diario Montañés» - 22 Septiembre 1936

La imprudencia en el manejo de las armas.

Las armas son instrumentos de muerte. Poned una pistola sobre la mesa de un café: todos los que están alrededor la miran con prevención. Los más timoratos se apartan con verdadero miedo. Un mismo pensamiento cruza por la mente de todos los presentes: «Quién diría que dentro de ese instrumento hay un pedazo de plomo que podría muy bien salir en cuanto se tocase el gatillo y matar a una persona...»; pero hasta ahora no ha pasado nada porque la pistola sigue encima de la mesa, y sin que nadie la toque no puede dispararse. Cuando la tragedia ronda alrededor de esa mesa, es cuando aparece el «hombre que ha manejado muchas armas». Es uno que en seguida reconoceréis por la despreocupación con que las maneja; lleva sobre sí el estigma de una vida humana que, tarde o temprano, por su imprudencia ha de caer. Probablemente coja la pistola y se dedique a meter miedo a todos los que están con él, apuntándoles con ella; antes para dárselas de prudente, acaso quite el cargador y mire la recámara; pero si no lo hace es igual, porque «él ha manejado muchas pistolas»; luego volverá a meter el cargador, irá expulsando de la recámara, una por una, todas las balas para volver a ponerlas en el cargador y montar el arma otra vez; luego le corresponde probar el seguro, luego se le encasquillará y tendrá que hacer esfuerzos violentos para desencasquillarla; el cañón mira hacia arriba, torna hacia abajo, apunta sobre uno, luego sobre otro; el arma tan pronto está montada como desmontada; por último..., el tiro sale y un hombre se lleva las manos al cuerpo. La tragedia se ha consumado. Este es el final del «hombre que había manejado muchas armas»: o se mata él o mata a otro.

Hay dos reglas de prudencia para el manejo de las armas que sólo cumplen los hombres que de verdad las

conocen a fondo, como son los deportistas tiradores: la primera es que con las armas no se juega, y la segunda que, en caso de usarlas, el cañón ha de estar dirigido siempre hacia donde no pueda hacer daño. Estas reglas las desconocen los que en cuanto tienen un arma en la mano lo primero que hacen es apuntar al compañero, amenazándole en broma. Estas personas son criminales en potencia, porque quien coge esta costumbre acaba por matar sin querer aún al ser más querido. Cuando se les riñe por esta acción, nunca comprenden el alcance de la reprensión. Todos contestan: «pero si estaba descargada». Y, en efecto, estaba descargada; pero con esta perniciosa costumbre de apuntar al compañero, ¿qué ocurrirá el día que esté cargada y nos olvidemos de examinarla?

El diablo no carga las armas; pero este es un dicho popular de acuerdo con la realidad. El diablo somos nosotros con nuestra imprudencia.

Cuando es necesario manejar el arma, hay que cuidar siempre de la dirección del cañón. Nunca, por ningún motivo, ha de estar dirigido sobre nadie. Esta regla se cumple estrictamente en los concursos de tiro, a donde acuden los mejores tiradores del mundo; si alguno comete la equivocación de volver el arma hacia el público es multado inmediatamente y, si reincide, expulsado del polígono de tiro. Esto se hace con verdaderos profesionales de las armas.

Sólo cuando se efectúa un servicio, se debe tener montado el arma, pero antes que echar el seguro es preferible que la desmontéis. El seguro suele ser una inseguridad más; sólo es imprescindible en las armas automáticas después de haber empezado el cargador; en los demás casos es preferible desmontar el arma. Cuando no se está realizando un servicio que pudiera necesitar del uso inmediato del arma, llevarla montada, aun con el seguro, es una imprudencia, porque la costumbre de echarle se puede perder un día y entonces sobreviene la desgracia.

Miliciano: con las armas, instrumentos de muerte, toda prudencia es poca.

EL GRUMETE DEL TIBURON.

«El Diario Montañés». - 24 septiembre 1936.

Servicio de exploración.

En nuestra guerra civil los servicios de seguridad y exploración tienen una extraordinaria importancia, sobre todo estos últimos para preparar los avances de las columnas.

Generalmente se designan doce soldados que se llaman exploradores por compañía, con la misión de reconocer el terreno y adquirir toda clase de datos sobre el enemigo.

El explorador ha de estar especializado en marchas, ser de inteligencia clara, astuto y buen tirador. Nunca actúa solo, sino por parejas, con el fin de que se puedan auxiliar mutuamente y para que, por ejemplo, en el caso de recoger un dato interesante, pueda uno continuar en su puesto de observación mientras el otro lleva el resultado del reconocimiento al mando militar.

Al reconocer una casa aislada, un poblado, un bosque pequeño, un puente, un pequeño desfiladero, etc., en el momento de dar un paso que se considere peligroso, o bien en el mismo momento de efectuar el reconocimiento uno de los exploradores debe quedarse retrasado con la misión de vigilar y avisar a su compañero en caso de peligro. Si se trata de reconocer un pequeño bosque, el que penetre dentro debe fijar sobre todo su atención en las copas de los árboles.

El reconocimiento de un río suele tener por objeto buscar lugares vadeables. Para esto se recorre la orilla hasta encontrar un camino o un sendero que continúe al otro lado del río; ésta será la señal de un vado. De no encontrarle así, es probable que encontremos un vado en algún lugar de corriente rápida o en alguna recta

larga, desde luego nunca en los remansos. En caso de encontrarle, hay que internarse dentro del río para averiguar su profundidad. Este dato hay que completarle con el de la velocidad de la corriente, que si queremos dársela al jefe de la columna de una manera exacta, será averiguando los segundos que un trozo de madera tarda en recorrer una distancia que midamos previamente en la orilla. Dividiendo los metros entre los segundos, sabremos la velocidad. También conviene calcular la distancia que hay de orilla a orilla; pero la falta de espacio nos impide el explicarlo.

Una regla que sigue siempre el explorador, es la de evitar los caminos y veredas corrientes para las demás personas, su misión es la de ver sin ser visto y la de oír sin ser oído; por esto ha de vigilarlos y explorarlos desde lugares próximos. Su misión, pues, no es la de combatir, y solo en caso de ser descubierto por otro servicio de exploración enemigo o estar en peligro de ser apresado, debe hacer uso del fusil.

Por toda clase de indicios debe averiguar la cuantía del enemigo, calidad de sus fuerzas, estado de ánimo, propósitos, etc. Estos indicios son de toda clase, así, si penetra en una población enemiga y observa una actitud insolente para con él en los habitantes, deducirá que el enemigo está cerca; si reconoce un campamento abandonado y ve munición abandonada, objetos olvidados, etc., deducirá que el enemigo se retira precipitadamente. Los ruidos pueden denunciarle movimientos de tropas, sobre todo en la noche, para lo cual debe alejarse de lugares abundantes en ruidos naturales, como bosques, ríos, molinos, etc. Una nube de polvo significa una fuerza, trasladándose, más cerca podrá ver la línea negra que dibujan los que la componen. Si la nube de polvo es baja, las fuerzas serán de infantería, si son altas ligeras y continuas, de caballería y si son altas, espesas e interrumpidas de artillería. Por los reflejos podrá deducir si van de retirada o avance. Cuando son muchos los reflejos y continuos, es que vienen hacia nosotros, si son pocos y pasajeros es que van de retirada.

Debe reconocer las defensas del enemigo y dónde sitúa éste sus elementos de combate.

Por todo esto se comprenderá la importancia de su misión y la responsabilidad en que incurre de no realizarla bien; un dato equivocado podría ser la destrucción de toda la columna, que le confió la misión de reconocer el terreno.

Cuando el grueso de las fuerzas entra en combate, entonces el explorador entra en él como un combatiente más, pero con una misión algo especial que explicaremos en otra ocasión, pero su arma esencial, repetimos, no es el fusil, sino su inteligencia y su vigor físico; prueba de esto que decimos, es la recomendación que se le hace de no hundir nunca la cabeza entre los hombros al correr, para poder, primero, correr más; segundo, poder observar al enemigo y tercero, buscar rápidamente un refugio en el terreno. Esta recomendación que se hace a todo combatiente se hace con más motivo al explorador, cuya misión esencial es la de observar.

EL GRUMETE DEL TIBURON.

«*El Diario Montañés*». - 26 septiembre 1936.

El saludo.

Miliciano: Desde el momento en que ingresaste en el ejército de la República eres un soldado; eres el mejor soldado que podía encontrar la República en estos momentos, por tu educación social y por la fuerza con que sientes el ideal. La voluntad que pones al servirla te permite adquirir rápidamente la técnica del soldado, una técnica que se tarda varios meses en adquirir en los cuarteles pero que en el frente de lucha adquieres en varios días.

Por tu educación y tu actuación sindical has podido comprobar el valor que en la lucha tiene la unión y la disciplina; sabes, perfectamente, que todo grupo de individuos que pretende acudir a un frente de lucha necesita no solo de una moral, sino de una disciplina.

La guerra es la lucha llevada a su último extremo, por esto, la disciplina hay que llevarla también a su último extremo. No es la disciplina del grupo sindical en donde se admite la postura crítica, la dimisión, la oposición, la discusión, etc., sino la disciplina rígida, una disciplina antihumana como la guerra en donde tiene su aplicación que también es antihumana; una disciplina en donde el individuo no cuenta para nada porque tiene que limitarse a obedecer y a mandar como un resorte que funcione sin vacilación y sin respeto para su vida ni para la de los demás. Y es que en la guerra no hay más que empleos, desde el soldado al general, unidos por la cadena del respeto y la obediencia que cada individuo se impone a sí mismo para con los demás. El individuo no interesa y cuando manda no manda por ser él, sino su empleo.

Yo ya sé que en todas vuestras mentes está claramente diferenciada la disciplina interna de la externa. La disciplina externa, que se manifiesta en actos exteriores como el saludo, no supone que exista la disciplina interna sino que por el contrario se extrema, y se lleva a límites que en alguna ocasión vosotros habreis aborrecido, cuando falta esta disciplina interna.

La única y verdadera disciplina que existe es la interna, la que surga de dentro del individuo sin que nadie se la imponga porque se la impone él mismo, porque está convencido por su formación social de la necesidad de un mando y de una subordinación Y la obediencia ciega que exige la guerra de todo combatiente. Y fijáos bien que digo obediencia ciega porque ¿qué sería del pueblo español si su soldado pudiera decir cuando volviera del combate: «Yo salvé mi vida porque desobedecí las órdenes de mi jefe»? Salvó su vida pero perdió la vida de los demás y perdió su honor de combatiente. Si el soldado pudiera decir ésto lo habríamos perdido todo.

En el ejército de la República existe una disciplina interna, pero cuando esta disciplina existe y se siente ¿es posible que no se manifieste en la vida corriente de alguna manera?

Miliciano: no tomemos el rábano por las hojas. Nadie te ha obligado a que saludes militarmente a tus jefes, pero si tu mismo te has impuesto la disciplina del soldado sin que nadie te haya obligado a ello, tu mismo también, si obras razonablemente, tendrás que imponerte la obligación de saludar militarmente a tus jefes de grupos sindicales y a todos los empleos del ejército de la República; de lo contrario tu desconsideración podrá llenar de amarguras y de escepticismo a todos los mandos que creyendo operar con soldados se encuentran con individuos sin ninguna educación, ya no solo militar sino ciudadana.

Porque el saludo no se niega a nadie si no es por despecho o mala intención. En la fábrica, en el taller, en la oficina, en el café, trabajamos conocimiento con personas a quienes luego saludamos cuando encontramos nuevamente y si esto se hace siempre con más mo-

tivo se ha de hacer entre los que visten el mismo uniforme de combatiente, entre los que unidos por un mismo ideal marchan juntos al combate y quizá a la muerte.

El saludo no denigra ni rebaja a nadie, por el contrario, demuestra afecto, estimación y respeto; es la muestra exterior de la disciplina y de todas esas cualidades citadas necesarias para luchar unidos. Se saludan entre sí los de igual empleo, saluda el inferior al superior y éste tiene la obligación de devolver el saludo cuando son empleos de distinta graduación; se saludan, en fin, todos los milicianos desde el último mando al soldado; todos, porque forman parte de un ejército, del ejército del pueblo, y se saludan militarmente, no descubriéndose como un paisano, dando muestra de la rígida disciplina a que se somete todo individuo militarizado.

El miliciano sucio, sin marcialidad, en malas compañías, grosero con sus jefes, incapaz de sufrir las penalidades de la guerra, descuidado con las armas, no es el soldado que necesitamos; como nadie le obligó a venir puede muy bien marcharse. El dinero que cobra es una estafa a la República y su presencia en el ejército del pueblo supone el desorden y la indisciplina.

«El Diario Montañés», 28 septiembre de 1936.

EL GRUMETE DEL «TIBURON»

La moral del Miliciano.

Miliciano: la moral del soldado de la República está hecha con dos ingredientes: con el de la necesidad de triunfar y con el de la confianza en el triunfo.

Con el de la necesidad de triunfar sobre los enemigos de nuestra libertad, porque nos lo dicta nuestro instinto de conservación, la seguridad de nuestras familias y la continuación de nuestros ideales en nuestros hijos; y con el de la seguridad en el triunfo, porque sin esta seguridad sería inútil la lucha. La seguridad en el triunfo reside en la convicción íntima que tenemos de la justicia de nuestra causa y de la enorme cantidad de recursos que un pueblo puede poner en juego cuando ve comprometida su única razón de existencia: su libertad.

Porque sentimos la necesidad de triunfar sobre nuestros enemigos y porque sabemos que hemos de triunfar es por lo que nos hemos situado frente a ellos en esta guerra civil. Ninguno de vosotros ha dudado un momento en coger el fusil, vuestros deseos de lucha no eran actitudes tartarinescas, sino deseos verídicos de acudir al frente de lucha. Nadie os obligó a ello, si vais es por vuestra propia determinación, por esto la responsabilidad y la gloria de nuestro triunfo se diluye en toda esa masa de combatientes que formais. Esta conciencia que teneis de vuestros propios actos y del valor de vuestra decisión aumenta la moral que el soldado de la República lleva al combate.

Observad en cambio por contraste la moral del enemigo. El soldado que lucha contra vosotros no siente la necesidad de triunfar, porque es un mercenario o un individuo obligado a luchar contra su propia voluntad. No

el alma en el combate esa fuerza que resulta del deseo de conservar para su pueblo un ideal o una misión histórica; sin sentir la íntima necesidad de triunfar, mal puede tener confianza en el triunfo; por último, desconoce el valor de sus actos, ese valor que resulta de la responsabilidad que recae sobre nosotros al realizarlos; pues carece de toda libertad de determinación. La responsabilidad por el crimen que cometen contra su patria recae sobre sus jefes. Por todo esto carecen de toda moral para la lucha.

El pueblo que os ve acudir a los frentes de combate está optimista, tiene plena confianza en vosotros y sabe que el triunfo será al final nuestro. Pero yo no quiero animaros con frases huecas y brillantes, que no corresponden a estos tristes momentos en que nuestra patria se desangra y se hunde en bestialidades propias sólo de una lucha entre hermanos, ¡con razón se ha dicho siempre que los odios entre hermanos son los peores! Sólo os pido que ni por un momento, ante las penalidades de la campaña que os espera (por qué ocultarlo, si lo sabeis de sobra), ni en los primeros fogueos, ni luego, ni ante ninguna contrariedad, sea la que sea, dudeis un momento de ese triunfo final.

Con la moral que poseéis y la disciplina militar a que teneis que sujetaros, teniendo detrás a todo un pueblo con una clara visión de la misión histórica en estos momentos y dispuesto a vencer y vivir para cumplir sus destinos, nada puede inquietarnos.

Miliciano: necesidad de triunfar, seguridad de triunfar y voluntariedad para acudir a la lucha. Esta es nuestra moral.

EL GRUMETE DEL TIBURON.

«*El Diario Montañés*». - 29 septiembre 1936.

El peligro venéreo.

Milicianos: El peligro venéreo ronda vuestros campamentos y cuarteles. Esta terrible plaga, que azota a la humanidad, se incrementa siempre que la guerra hace su aparición entre los hombres. En los años que vivimos no debiera ser necesario hablar de este peligro desde las páginas de un diario; medios hay sobradísimos para todo hombre o mujer de enterarse de esta clase de enfermedades que hasta hace muy poco eran secretas por una falsa y estúpida vergüenza de quienes la padecían. Los tiempos han cambiado y el mal hay que atacarle a cara descubierta y a fondo. De esto dependerá la felicidad de vuestra vida futura.

Pero no sólo por vuestro bien, sino por el bien de la República, es necesario que os prevengais contra ese peligro. Es un deber del soldado, el deber de conservar la salud para poder luchar y vencer.

La sífilis, la blenorragia, el chancro, son enfermedades de terribles consecuencias para vosotros, para vuestra compañera y para vuestros hijos; averiados por estas enfermedades, se inicia con vosotros una generación de anormales, de hombres llenos de taras; pasaréis por el dolor y la vergüenza de hacer desgraciados a todos vuestros descendientes, y al final, se extinguirá vuestra descendencia en la carne podridas de unos seres inútiles para la vida. Pensad en la responsabilidad en que caéis vuestra falta de cuidados.

La blenorragia, de efectos más inmediatos, puede dar origen a una orquitis, y con la orquitis podéis quedar estériles para dar la vida. El más ligero contacto de vuestros dedos o vuestra toalla en los ojos después de haber tocado la supuración, os producirá la pérdida inmediata de la vista. Esta misma es la causa de que nazcan tantos niños ciegos.

Y si no bastan estas consideraciones que os hago por vuestro bien, pensad no ya en vosotros, sino en la revolución que en estos momentos estáis llevando a cabo con las armas en la mano; pensad que ésta necesita hombres sanos y vigorosos y que después de ganada la guerra necesitamos

una nueva generación, la generación de vuestros hijos, que son los que han de terminar la obra y gozar de ella.

En otro orden de cosas, tened en cuenta que la revolución debe absorber todas vuestras energías; los hijos vendrán más tarde. No olvidéis nunca que los hijos de los períodos de guerra ofrecen mayores anormalidades que los que fueron procreados en épocas de calma y tranquilidad.

Es necesario que comprendáis las desastrosas consecuencias que puede tener para el futuro vuestra falta de higiene y vuestra imprudencia. No olvidéis que es mejor y más fácil prevenir que curar. Pero si por vuestra falta de previsión una enfermedad venérea prendiera en vosotros, ni por un momento debéis de vacilar en acudir al médico.

Los objetos de uso personal son personales por eso, porque son para uno sólo y nada más que para uno sólo. Nadie que no sea otro que el propietario puede usarlos; de lo contrario, el contagio es inevitable. No ya la mujer, sino el mismo hombre, por contagio indirecto a través de los objetos de su uso particular puede causar más bajas en nuestras filas que las mismas balas. La enfermedad venérea puede ser la ametralladora que barra todo un frente, por vuestra propia imprudencia. Por esto, porque faltáis a vuestro deber de soldados de la revolución al no cuidar de vuestra salud, es por lo que el Comisariado de Milicias castiga a esta clase de enfermos con la negación de todo auxilio económico.

No es este sitio el más indicado para daros las reglas higiénicas necesarias para evitar la «avería». Por otro lado, esto ocuparía mucho espacio. Ayer apareció en los periódicos de esta capital un artículo de Urano Macho, propugnando por una cruzada antivenérea. Es preciso que vosotros mismos trabajéis porque esto sea una realidad, puesto que sois los más interesados. Y si sentís curiosidad por estos temas de capital importancia para vuestra salud, esto y seguro que bien pronto encontraréis donde informaros.

Por vuestra salud, por vuestra felicidad, por la revolución y por el bienestar de la nueva generación que ha de hacer de vosotros, preveniros contra el peligro venéreo.

EL GRUMETE DEL TIBURON

«El Diario Montañés», 4 de Noviembre de 1936.

Entusiasmo y disciplina.

Milicianos: Todos los que empuñáis las armas en defensa de la República habéis de tener en cuenta que más que una guerra estáis haciendo una revolución. Esas armas que empuñáis están al servicio del pueblo y en defensa de su libertad. Esas armas ya nunca se volverán contra los propios trabajadores como ocurrió en otros ejemplos que nos ofrece la Historia.

Es una revolución, repito, la que estáis llevando a cabo, pero una revolución que no podrá darse más que ganando la guerra. Hay que ganar la guerra.

Nosotros odiamos la guerra, somos antimilitaristas. Odiamos la violencia entre los hombres que tienen por única religión el trabajo; huimos de toda disciplina cuartelera y antihumana y de todo mando de tipo dictatorial y hacemos todo porque somos demócratas de la verdadera democracia y porque somos antimilitaristas. Pero yo os digo que pobre del pueblo que estando a punto de perder su libertad no supiera o no quisiera militarizarse para defenderla. No en balde existe el arte del militar perfeccionado a través de todas las guerras porque ha pasado la humanidad y no en balde el resultado de todas estas experiencias es el mismo. Entusiasmo y disciplina. Sin estos dos factores es imposible ganar la guerra ¿Entusiasmo? Le tenéis. ¿Disciplina? Queréis tenerla, pero en muchas ocasiones desconocéis en qué consiste.

Hasta ahora habéis permanecido en un medio sindical en donde la disciplina es perfectamente humana. Ahora actuáis en un medio militar; en este medio, la disciplina es antihumana como la misma guerra.

El camarada Juan Cueto, teniente coronel, jefe instructor de milicias de Bilbao, dice «que el primer sacrificio que el soldado de la libertad hace es el de someterse a una disciplina, es decir, el de poner un freno volun-

tario a su propia libertad». Estas palabras es necesario que se graven en vuestra mente, y que aunque parezca paradójico, para defender la libertad es preciso renunciar a nuestra libertad.

El 18 de septiembre y 28 del mismo mes hablábamos desde aquí con cierta inquietud de la disciplina y del saludo en el miliciano. Hoy, esta inquietud ha desaparecido, porque la nueva disciplina del ejército que en aquellos días nacía es cada vez mayor. Un paso grande se dió cuando se reconoció su necesidad. Cuando todos los milicianos hayan recibido una instrucción mayor, ésta será completa.

El Código militar está en vigor desde el momento que las milicias quedaron militarizadas, pero el Código Militar no está escrito para el soldado de la República, está escrito para el soldado de un régimen autocrático, a quien sirve contra su gusto y por la fuerza. A este soldado si es que es necesario leerle las penas con que se castigan las faltas y delitos militares como se hacía en nuestros cuarteles. Hoy ya no es necesario hacer esto, porque el soldado de nuestras milicias no va contra su gusto como iba aquél, sino por su propia decisión y bienestar.

A este soldado no es necesario leerle los castigos, bastará con indicarle, si acaso, cuáles son faltas de indisciplina, que en algunas ocasiones se cometen por ignorancia. Y para que esto se comprenda mejor voy a citar un ejemplo en la vida corriente: el ciudadano puede reclamar, pedir, protestar hasta con violencia y en grupos, el soldado no puede hacer esto. Las características de una guerra exigen que esto sea así. Cuando ante un superior se presentan más de cuatro soldados para hacer constar una protesta, en forma poco correcta, éstos cometen un delito de sedición.

Otra de las faltas más frecuentes del miliciano, fruto de la inconsciencia de algunos, fruto de no querer darse cuenta de lo que es la guerra, es la de prolongación de los días de permiso o simulación de enfermedades para alejarse de los frentes de combate. Esta es una falta gravísima, que sólo por carencia de una formación militar

podría disculparse en los primeros momentos. El honor del soldado, el sentimiento de camaradería hacia los que quedan luchando, la responsabilidad de los momentos que vivimos, todo esto, está en completa oposición con esa deserción cobarde de algunos individuos que se llaman milicianos. Para éstos sí que está escrito el Código militar. Esta falta que en otra ocasión, en la misma vida corriente sería una falta leve en horas de guerra merece un severo castigo. Son los indeseables de todas las organizaciones.

Son faltas militares, el uso de documentos pertenecientes a otro miliciano, el quebrantamiento de algún secreto o dato que se hubiera confiado a un miliciano, la pérdida de algún documento que estuviera a su cargo, una reclamación hecha en forma violenta, aceptar regalos por realizar algún servicio, dormirse estando de centinela, vender alguna prenda de nuestro equipo, no asearse, no cuidar del fusil, de la habitación, de las prendas, etc., ausentarse de la posición sin permiso, embriagarse en actos de servicio, desobedecer, mostrar tibieza en cumplir las órdenes, etc. Todas estas con otras mucho más graves como la de traición, rebelión, espionaje, etc., que no es necesario citarlos, son faltas que se castigan en la vida militar por necesidad imperiosa de mantener una estrecha disciplina sin la cual no conseguiríamos el triunfo que todos anhelamos. La cantidad y clase de castigo no importa para los efectos que pretendemos al escribir esto ni tenéis necesidad de conocerlo.

Milicianos: Sois disciplinados por propio convencimiento, admitís la disciplina militar como una necesidad imperiosa de la guerra, sois disciplinados, pero no por miedo al castigo. Si no sois capaces de matar a vuestra madre no es por miedo a un infierno, es por un imperativo de vuestra conciencia; si no sois capaces de cometer una falta no ha de ser por miedo a un castigo, sino por ese mismo imperativo de vuestra conciencia de soldados del pueblo.

EL GRUMETE DEL TIBURON.

«El Diario Montañés». - 6 noviembre 1936.

Los descansos y permisos del miliciano.

Milicianos: Si en los primeros momentos no eran posibles los permisos y descansos, hoy, una mejor organización y una gran abundancia de elementos los han hecho posibles. Pero distingamos bien entre el permiso y descanso. El descanso es el que se concede en la guerra al soldado con el relevo; el descanso puede durar unas horas, unos días y hasta unas semanas. El soldado durante este tiempo descansa, sin desplazarse del frente de combate; atento a las incidencias de la guerra, permanece unos kilómetros alejado de este frente, dispuesto a reforzar a las compañías que están en contacto con el enemigo cuando el mando lo dispone. Para estos descansos no hay regla fija; las necesidades de la guerra y los mandos militares son los que disponen cuándo han de ser éstos. Nadie, pues, puede obrar por su propia cuenta ni puede disponer cuándo han de ser sus horas de descanso. Si el relevo está anunciado para una hora o para un día determinado, y el relevo no llega, el miliciano no puede ausentarse de ninguna manera del puesto que le hubieren asignado. Su obligación es la de permanecer allí.

Otra cosa muy distinta del descanso es el permiso. Este se concede para el punto de residencia, y sólo puede estar motivado por causas graves, como son las familiares, o para reponerse de una dolencia que inutilice al miliciano para la guerra. También se puede conceder después de una ausencia prolongada de meses en épocas de calmas en los frentes, como premio y recompensa a

todo combatiente que en este tiempo no ha podido abrazar a los que temen y lloran por su suerte.

El permiso nunca debe ser un «sablazo» al jefe de la posición, de la misma manera que se saca unas pesetas a un amigo contándole un cuento. Concedido el permiso, por ejemplo, para la ciudad, el miliciano ha de presentarse en la Comisaría de Guerra, tanto al llegar como al partir, y, desde luego, de ninguna manera podrá tomarse más tiempo para el permiso que el concedido. Si tuviera espacio, os contaría con detalles una anécdota de la Gran Guerra, sobre los permisos en el frente francés de los Vosgos. En una temporada de calma, los jefes de las posiciones concedieron permisos a sus soldados, contra las órdenes del alto mando, que conocía los propósitos del enemigo. Cuando un lunes volvieron los soldados al frente, se encontraron con que las posiciones habían sido rebasadas por el enemigo. Sus fusiles habían estado ausentes, y sus compañeros habían sido aniquilados.

El miliciano que llega con permiso a la ciudad, lo primero que debe hacer es dejar sus arreos de campaña y sus armas en casa, pues fuera de ella no le hacen falta y, por otro lado, pueden ser la causa de una desgracia. En las conversaciones debe ser mudo a toda pregunta indiscreta, y sencillo en sus relatos, sin poblarlos de hechos ocurridos sólo en su imaginación. El miliciano en la ciudad no debe ser un Tartarín.

La medida del cierre de los cafés y bares a las diez de la noche es magnífica, y no por el espectáculo que desde ellos se ofrecía a los que venían del frente, sino porque en ellos el miliciano dejaba sus mejores energías. Al frente no se puede volver decaído y aplanado por una juerga inútil.

Miliciano: seriedad en la retaguardia; silencio en la retaguardia; paísano, sin armas, en la retaguardia. Y permisos, los indispensables.

EL GRUMETE DEL TIBURON.

«El Diario Montañés», 12 de noviembre de 1936.

Disciplina.

En otro lugar de este número encontrará el lector un manifiesto de los partidos políticos y organizaciones sindicales que integran el Frente Popular de Asturias.

El manifiesto es fundamentalmente una llamada a la disciplina. Es triste, pero tenemos que reconocer que la necesidad de una disciplina militar sólo ha sido sentida por muchos milicianos después de sufrir las consecuencias de la indisciplina y de la falta de unidad en el mando.

Todos los dirigentes del movimiento actual, desde el primer momento y desde sus puestos de mando, recomendaron la disciplina militar. Todos los periódicos—éste lo ha hecho en numerosas ocasiones—aconsejaron la disciplina militar, una disciplina que, como dijimos en cierta ocasión, no admite la discusión ni la votación, como admite la disciplina sindical. Una disciplina de hierro.

Esta disciplina se ha de basar en la unidad de mando. Aun recordamos los principios de la guerra, cuando se formaban grupos de hombres heroicos para luchar, pero sin ninguna cohesión. Los efectos eran terribles. Sin enlaces entre sí; sin ninguna técnica militar; sin un mando único que dispusiera sus movimientos y que, con una visión de conjunto de todos ellos, pudiera coordinar todas las fuerzas, el efecto psicológico del copo se presentaba rápidamente en ellos. ¿Qué grupo de milicianos no se ha sentido alguna vez copado?

Pero aún había algo peor en nuestra forma de combatir. Cada grupo de combatientes se afanaba por un elemento de fuego superior al fusil. Quién tenía un ca-

ñón, quién una ametralladora, quién dos morteros. Todos pedían algo, todos estaban indefensos. Cierto es que nosotros teníamos poco; pero quizá el enemigo tuviera menos. La diferencia estaba en el modo de usarlo. Mientras los mandos rebeldes acumulaban todos los elementos de fuego de que disponían sobre una posición hasta conquistarla, para luego trasladarlos rápidamente sobre una segunda posición, nosotros, sin mando único, éramos incapaces de coordinar ningún ataque. Nuestras armas permanecían aisladas en las posiciones, sin ninguna efectividad. Mientras tanto, el enemigo, con sus rápidos movimientos, con el violento fuego que acumulaba, bien sobre una, bien sobre otra de nuestras posiciones, daba una sensación de potencia y de dureza muy superiores a la que en realidad tenía.

Sin ninguna visión militar, sin ningún plan determinado, dos fusiles ametralladoras y veinte hombres detenían perfectamente el avance de mil hombres nuestros, llenos de valor, pero indeciso ante lo desconocido, ante lo nuevo de la situación. ¿Qué habrá detrás de esos fusiles?, se preguntaban. ¿Qué haremos ahora? Lo nuevo y lo desconocido para ellos era la guerra. Y la guerra tiene sus técnicos; no basta el valor. Dos días sin comer por una imprevisión de la Intendencia; una noche de agua, sin un mando que anime y levante el espíritu de los combatientes, y que sin ninguna preparación aliente su indisciplina, acaba con el valor del más valiente. Como se dice en ese manifiesto, hay que ser sinceros. Por esto hablamos así.

Hemos tenido ocasión de asistir a unas charlas militares dadas por el comandante Gallego. Fruto de ellas son estas reflexiones que aquí hacemos. Es necesario que estas reflexiones se las hagan todos los que hoy combaten, hasta llegar a la evidencia plena en esta cuestión de la necesidad de la unidad de mando y de la disciplina militar. Solo así podremos ganar la guerra. Mientras esto no ocurra aun con los elementos de guerra que poseemos, estaremos condenados a seguir luchando como hasta ahora, sólo con el heroísmo, no organizado, del pueblo.

El heroísmo organizado es el que triunfa en los momentos difíciles, como ha ocurrido en Madrid. Con este heroísmo tenemos asegurada la victoria. Pero es preciso ahorrar sangre, evitar esos momentos difíciles, y esto solo se conseguirá con la disciplina militar y con la aceptación del mando único.

Las recomendaciones del manifiesto que comentamos prestan mayor fuerza a cuanto queda expuesto.

Unidad de mando. Disciplina. Heroísmo. He ahí los factores del triunfo.

EL GRUMETE DEL TIBURON.

«El Diario Montañés», 15 de noviembre de 1936.

A los oficiales y clases de Milicias.

Para vuestra actuación, grabad bien en vuestras mentes estos consejos, tomados de libros militares:

Vosotros sois los factores esenciales del combate. Cuando la moral del soldado decaiga, vosotros tenéis que levantarla. Cuando el soldado esté triste, vosotros tenéis que estar alegres. Si el miliciano está realizando un servicio penoso, vosotros acompañadle un rato para animarle y hacerle ver que no os substraéis a las penalidades de la campaña. Si se queja, no os quejéis con él; lo que el miliciano necesita en ese momento es una frase optimista, un hombre superior a él, un ejemplo. El mando es antes que castigo, ejemplo.

Huid de la populachería, no seáis buenos para hacer populares, perdonando todas las faltas por debilidad de carácter. El mando ha de ser inflexible en los actos de servicio. Nunca consintáis que se critique a los superiores, si no queréis que luego hagan lo mismo los milicianos con vosotros. Lo peor que podéis hacer es adularles criticando vosotros mismos a los mandos superiores.

Al dar las órdenes, sed claros y repetidlas, si fuera preciso, varias veces. Vuestras órdenes, por lo tanto y, como regla general, han de ser tan claras que puedan ser comprendidas por un niño de doce años. Por no comprenderlas, es por lo que muchas veces no se cumplen. Si es preciso, hacerlas repetir de palabra.

Pero no basta dar la orden; es preciso vigilar su cumplimiento. Muchos hombres han sido toda su vida vigilados en su trabajo. Por esto llegan a creer que, desaparecida la vigilancia, no tienen obligación de hacer lo mandado. Hay que vigilar el cumplimiento de lo ordenado, porque cuando un mando superior os pida cuentas no podréis disculparos diciendo: Yo lo ordené.

No recarguéis nunca los servicios. Lo que más deprime al hombre es la fatiga. Un hombre fatigado es un muñeco

sin voluntad y sin moral. Procurad siempre que descansen.

En los servicios de noche no dejéis nunca a un hombre aislado por mucho tiempo. Su sistema nervioso puede sufrir un relajamiento y sobrevenir la alucinación. Así se arman las «zambras» de noche. Tiros, carreras, sustos y todo porque un «escucha» confundió un ruido o creyó ver un hombre en lo que era un árbol. Siendo dos, no ocurre esto ni existe el peligro de que se duerma, y hasta si se duerme, no importa mientras quede el otro despierto. Para no recargar el servicio, los puestos deben ser pocos. En cambio, una o dos patrullas refuerzan muy bien la vigilancia haciendo el recorrido durante la noche.

No recargar el servicio no quiere decir que los hombres hayan de permanecer inactivos. Después de los primeros días, el soldado se hace de tal forma a la trinchera, o al caserío, que no hay luego manera de sacarle al terreno descubierto. Todos los días hay que dar muestras de actividad ante el enemigo, de una actividad ofensiva, hacer ejercicio, mantener despiertos a los hombres, enseñarles algo con vistas al combate. Para todo esto conviene que el soldado se acueste pronto y se levante antes de amanecer, pues por la noche los ataques no son corrientes, y de día el enemigo ha de saber que se encuentra ante una fuerza hábil y aguerrida.

Y, sobre todo, tened en cuenta esto. En los momentos difíciles, el jefe no puede abandonar su puesto. No puede tener ninguna disculpa. Si falta la comida puede mandar a un hombre a pedirla; si faltan cartuchos, si faltan zapatos, falte lo que falte, ocurra lo que ocurra en el combate ha de estar allí. Si buscara una disculpa de esta clase para abandonar su puesto, sería un cobarde. Si su misión es resistir, podrá enviar un enlace al

capitán de su compañía, al jefe de su batallón. Estos pueden mandarle tropas de refuerzo u ordenarle retirarse; mientras tanto él tiene que seguir sosteniendo al enemigo para que el grueso de las fuerzas de las cuales él es vanguardia pueda disponerse y tomar sus posiciones para el combate. Pero de esto hablareros otro día.

EL GRUMETE DEL TIBURON.

«*El Diario Montañés*». - 19 noviembre 1936.

